

Chascon conta Tarzán

TARZÁN SE FUGA CON
LOS CENTINELAS



Chascon

Revista infantil

Nº 4
Año 1

4D
CTVS

CHASCON

AÑO I

N.º 4

14 Mayo de 1936

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES



Periquín está feliz, aunque el negro sude la gota gorda.

• Acaso no ha descubierto una simpática manera de viajar?



Chascón contra Tarzán

EPISODIO N.º 4

Ya hemos visto que el Consejo de Guerra decidió que Tarzán debía morir traspasado por una flecha envenenada. Ese mismo día, a la puesta del sol, se le ejecutaria como a un malhechor de la peor especie.

—Así nos vamos a ver libres de este odioso personaje — dijo el mono más viejo, que hacía las veces de Consejero Mayor.

—Sí; ya es tiempo de que Tarzán nos deje vivir en paz — agregó Chascón, sacándose un momentito su corona de rey para poder rascarse la cabeza.

Entonces se llamó a tres monos gigantes, para que se llevaran a Tarzán hasta una cueva, en el corazón del bosque, y lo mantuviieran allí hasta la hora en que se le debería ejecutar.

—¡Vaya con mi mala suerte! — pensaba Tarzán. Este maldito Chascón, venido de no sé dónde, se mete de repente en mi vida y todo me lo echa a perder.

Algún día tendré que vengarme de una manera terrible...

Mientras pensaba así, los tres monos gigantes se llevaban a Tarzán, encadenado, hasta la caverna en que debía aguardar la hora de su muerte. Pero Tarzán tuvo una buena idea y sonrió con alegría. ¿Por qué no convencía a los monos que le vigilaban y los decidía a huir con él?

—Centinelas — les dijo Tarzán a los monos — ha llegado la hora de que les proponga un negocio espléndido. Si ustedes me conducen a la cueva y me matan después, van a perder una ocasión excelente de hacerse ricos.

Los monos no le contestaron. Llegaron a la cueva y todavía Tarzán les hablaba y hablaba sin parar. Les decía que un jefe indio, de una tribu vecina, era amigo suyo y que con el ejército de este jefe podrían volver al bosque, matar a Chascón y crear en seguida un reino riquísimo, donde hasta las hierbas serían de oro.

Los tres monos, al oír esto, pararon bien la oreja. Al fin y al cabo, lo que ellos querían era gozar como millonarios. ¿Por qué no seguían, pues, los consejos de Tarzán?

—Explícanos bien lo que deseas — le dijo, entonces, uno de los monos —. A lo mejor haremos lo que nos propones.

Los tres monos gigantes le encontraron, al cabo de media hora, toda la razón a Tarzán. Resolvieron huir con él.

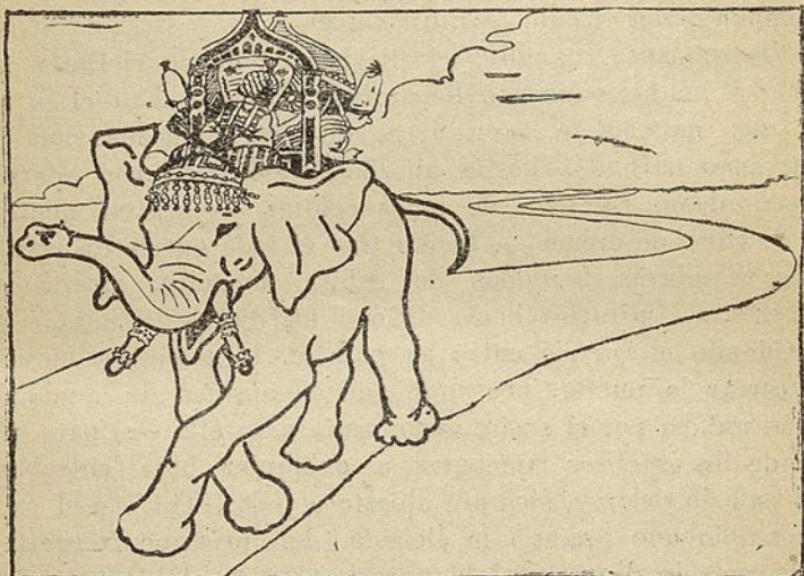
—Seremos poderosos a nuestra vuelta — exclamaron los monos rebeldes —. ¡Viva Tarzán!

Acto seguido, le quitaron las cadenas, lo armaron con un garrote feroz y echaron a correr por el bosque, deseosos de llegar donde el jefe de la tribu que los ampararía... Tarzán estaba que no cabía en su pellejo de puro feliz.

—Volveré a ser un hombre temible — se decía —. Y el tal Chascón tendrá que pedirme de rodillas que lo perdone.

(EN LAS PAGINAS CENTRALES VERA EL
LECTOR LO QUE SUCEDA DESPUES)

La venganza del Rey Albano



Negretti llegó en un magnífico elefante

Dieron un golpe a la puerta del despacho del rey, y como con aquella eran ya veintisiete las veces que habían llamado, el monarca dijo con acento de resignación:

—¡Adelante!

Era el director de Beneficencia. Iba de blanco, y llevaba una varita blanca. También vestía de blanco el rey, cuyo nombre era Albano, y todo en el palacio era igual: blanca la vitela de los libros, la alfombra del suelo y la seda de los cortinones.

—Siento tener que molestar a V. M. — dijo el persona-

je—; pero acaba de llegar de las Indias Doradas su augusto hermano el príncipe Negretti, y dice que no puede esperar más de media hora.

—¡Hermano mío! ¡Sin verle desde que éramos chicos!... — exclamó el rey, y salió precipitadamente a su encuentro.

Precisamente cuando Negretti bajaba de su elefante, se llegó a él su hermano con los brazos abiertos. Era el príncipe muy moreno de color, arrugado como una manzana y en extremo barbudo. Vestía un magnífico traje, con adorno de esmeraldas. Esclavos de todos colores — negros, amarillos, de color de crema — lucían tras él toda suerte de resplandores vestiduras, bordadas de rubíes, topacios, zafiros y amatistas. El mirarlos hacía daño a los ojos.

Cuando el cortejo entró en palacio, la camarera mayor hizo echar la puerta, pensando que si alguna de aquellas piedras rodaba por el suelo, mejor sería para ella que para alguno de los infelices que antes a cualquier hora entraban en el palacio del rey, siempre abierto a todos. Tal fué el primer cambio que produjo la llegada del príncipe Negretti. Era el palacio de mármol blanquísimos; pero el hermano del rey, a poco de estar allí instalado, lo mandó pintar de rojo. Dió magníficas fiestas, que contrastaban con la pacífica sencillez anterior, y él y los suyos resplandecían siempre de joyas. El rey Albano sólo había pensado en hacer dichoso a su pueblo. Negretti le hizo ver que más valía divertirse. Era mago además, y andaba siempre con ácidos, álcalis, sulfitos, retortas, probetas y matraces, mezclando materias y obteniendo colores nuevos para sus enjuagues. Gustábale también excitar el descontento entre los súbditos de su hermano: muchos pensaban que mejor rey tendrían si Negretti lo fuera de Albanatolia. Oía él y atizaba las conversaciones, disfrazado de persona respetable, hasta que una noche se dió a conocer, y a la cabeza de los descontentos se dirigió al palacio real.



Negretti era mago y preparaba sus enjuagues.

Pero estaba cerrada la puerta, y dejaron la rebelión para el día siguiente.

Aquella misma noche el rey Albano, paseándose por el jardín, todo blanco de luna, encontró una dama hermosísima que le dijo, respondiendo a lo que él preguntaba:

—Soy una princesa que va buscando fortuna.

—No sé si tú fortuna seré yo; pero bien veo qué tú eres la mía.

Tal era la contestación que ella esperaba, y desde aquel momento se sintieron ligados por un amor imperecedero.

A la mañana siguiente la multitud se presentó en el palacio real gritando: “¡Abajo el rey! ¡Queremos a Negretti!”. Y cuando éste, acercándose a su hermano como si le fuese a dar un consejo, le habló al oído, pronunció un conjuro que empezaba en persa, continuaba en griego, seguía en árabe y en chino, y terminaba así: “Vuélvete piedra”.

Instantáneamente el rey cayó convertido en una piedra blanca y Negretti se proclamó rey, siendo aclamado por todos.

Las costumbres cambiaron pronto en el país. Lo que antes era blanco se hizo de todos colores, el lujo sustituyó a la sencillez, y a las honestas expansiones las francachelas des-

enfrenadas. Un día el rey vió a la princesa llorando sobre la piedra blanca.

Tanto le agradó, que se quedó prendado de ella; pero ella rechazó su mano, porque su amor por el rey Albano nunca se extinguía. Lleno de rabia el usurpador, mandó que echasen la piedra al río. Pero cuando sus navíos regresaban de la India cargados de riquezas, chocaron contra ella y se fueron a pique. Los que fueron a salvar los tesoros perdidos no lograron sacar más que la piedra blanca. Echáronla a un campo solitario que había detrás de la ciudad.

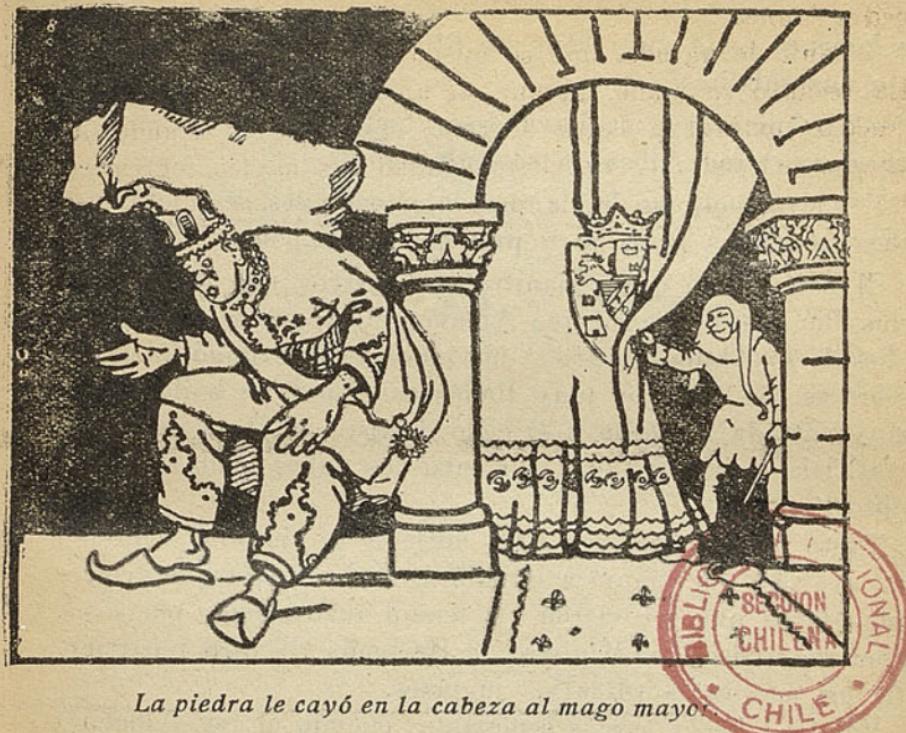
Un día dijeron al rey que la losa había ido rodando, sin ayuda de nadie, hasta la puerta de la ciudad, y la mandó hacer polvo, para mezclarlo con sus brebajes. Se encargó de hacerlo la Comisión Permanente de Magia Blanca y de Color; pero siete chispas que a los primeros golpes saltaron, dieron muerte a los siete individuos que la componían. Entonces el rey mandó que la empotrasen en los muros de palacio, para que, como piedra encantada, le trajese fortuna. Y así lo hicieron; sólo que al otro día, cuando entraba el mago mayor, le cayó en la cabeza, matándole al momento.

La princesa pidió entonces que le dejarasen velar aquella noche y embarcarse al día siguiente para su reino con la piedra blanca, y Negretti, por no saber qué hacer, consintió en ello. Toda la noche estuvo llorando la princesa. Sus lágrimas al caer en la piedra, la deshacían.

Así, poco a poco, volvió a la vida el rey Albano; abrazó éste a su amada y la besó sin decir palabra.

En esto, el príncipe, que había tenido una pesadilla, salió a tomar el fresco. Verle el rey Albano y soltársele la lengua, todo fué uno; y como aun tenía en el oido las últimas palabras que en vida escuchara, esas fueron las que pronunció.

Era aquel conjuro que empezaba en persa, continuaba en griego, seguía en árabe y en chino, y terminaba así:



La piedra le cayó en la cabeza al mago mayor.

“Vuélvete piedra”. No se volvió piedra el usurpador, porque, con el tiempo, el encanto había perdido intensidad: pero se convirtió en un poste de madera.

Cuando se supo, los secuaces del príncipe huyeron a su país natal sin pérdida de tiempo. No lo perdieron tampoco el rey y la princesa: aquel mismo día el arzobispo bendijo su enlace, y los dos se dedicaron: él, a enseñar al pueblo a ser bueno, y ella, a enseñarle a ser feliz.

El poste en que se había convertido el usurpador siguió siendo poste años y años; y cuando se hicieron reformas en el reino, poco faltó para que lo cortaran y lo echasen al fuego.

Desde aquel tiempo, la prosperidad del reino no tuvo contratiempo ninguno. Todo anduvo bien siempre. Y esto

LA VENGANZA DEL REY ALBANO

o solamente tenía muy contento al rey Albano, sino también a sus súbditos.

—Yo quiero que no haya descontentos en mi país—decía siempre el rey Albano a sus ministros.

Y en realidad no había descontentos, pues se dictaron muchas generosas leyes para proteger a los pobres.

El país entero quiso manifestar a su rey que lo quería mucho. Por eso, el día en que Albano celebró su cumpleaños, las fiestas que hubo en todas las ciudades del reino fueron sombrosas. Se cantaron muy lindas canciones, se bailó hasta muy entrada la noche y el cielo del país se llenó de fuegos artificiales, que saltaban por entre las nubes como alegres onejitos.

Tanto los hombres como las mujeres se sintieron felices a tal ocasión. En cuanto a los niños, no hay para qué decirlo encantados que estuvieron. Y tenían razón, pues por orden del rey Albano el Ministro de Hacienda les hizo repartir gratis los más extraordinarios juguetes.

Volvió a haber fiestas semejantes cuando el rey Albano y Su Majestad la reina tuvieron un precioso chico, al que se bautizó con el nombre de Albito, porque era más blanco que un terrón de azúcar. Estas fiestas fueron inolvidables. Hasta hoy se habla de ellas en el reino.

Albito fué un príncipe juicioso, bueno, lleno de generosidad, lo mismo que su padre. Por eso, no hay en el mundo entero una mujer más feliz que la reina: su esposo, el rey Albano, es cariñoso con ella; Albito, su hijo único, es cariñoso también y nunca desobedece las órdenes que le da su madre.

Cuando Albito creció, el pueblo le quiso tanto que a veces cuando salía a pasear, le seguía por las calles y le aclamaba como si fuera un viejo guerrero, vencedor en cien batallas. Esto alegraba mucho a Albito.

—Voy a ser un rey muy bueno siempre, cuando me to-

LA VENGANZA DEL REY ALBANO



El arzobispo bendijo su enlace.

que subir al trono — le decía a su padre. Me siento fel-
viendo como mi pueblo me quiere.

Albano se quedaba un rato mirando a su hijo y sonreía.
Después le hablaba así, con acento muy tierno:

—Cuando seas rey, Albito, no olvides nunca que te d-
bes a tu país. Así te querrán siempre los súbditos. Un g-
bernante debe llegar al sacrificio, si es posible, con tal de q-
todos sus gobernados sientan la alegría de vivir.

Albito escuchaba atentamente estas palabras y despu-
se iba a dormir muy tranquilo, si era ya la noche, o a jug-
si era la tarde, o a estudiar, si la mañana alegraba el palac-
con el oro de su sol espléndido.

Albano, el monarca, estaba satisfecho de tener un hi-
así. A menudo le decía a la reina:

—Albito va a ser un rey mejor que yo todavía



El duende curioso

Quipo era un pequeño duende verde, que siempre andaba bromeando con su larga nariz. Era una verdadera molestia para todo el mundo. Quería enterarse de cuantos secretos sospechaba. Y si los demás no querían revelárselos, se enfurecía y en su boca asomaban unas llamaradas verdes.

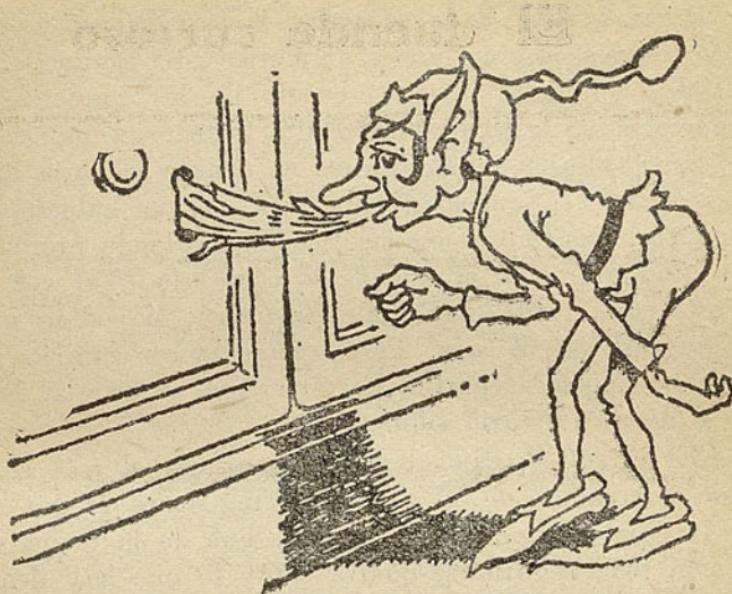
Nadie le quería y aun muchos le tenían miedo. Vivía en un agujero del tronco de un manzano, frente a la ventana de una habitación destinada al cuarto de juguetes. Con frecuencia se encaramaba por el árbol y si la ventana estaba abierta, saltaba al interior de la estancia. Entonces los juguetes daban un suspiro, exclamando:

—¡Qué fastidio! ¡Aquí está Quipo! ¡Se acabó la tranquilidad!

Quipo quería enterarse de todo: de cómo se daba cuerda a la locomotora o de qué manera se ponía en marcha el ratón mecánico. En cuanto se hubo enterado, puso en marcha los dos juguetes, que chocaron entre sí. El ratón se lastimó el hocico y la locomotora recibió una abolladura en su parte anterior.

En cambio, Quipo se rió hasta saltársele las lágrimas. Aqueello, precisamente, le divertía mucho.

Otro día quiso enterarse de cómo funcionaba la caja de música y dió con tanta prisa a la manivela, que acabó por estropearla. Los juguetes se enojaron mucho, porque les gustaba en extremo la música de aquella caja. El payaso de cuerda regañó al duende por lo que había hecho y éste se encolerizó.



El duende lanzó una llama por la cerradura.

Salieron unas llamaradas verdes de su boca y lo pagó la alfombra, que se quemó, resultando un agujero. Los juguetes se asustaron y, corriendo, fueron a refugiarse en un armario. Una vez dentro cerraron con llave, pero aquel malvado duende proyectó una llama verde a través del agujero de la cerradura y quemó una parte del traje de la muñeca. Ella empezó a gritar con toda su alma.

—Eso os enseñará a meteros conmigo — gritó el duende—. Aquí haré lo que me dé la gana. Ya nos veremos.

Dicho esto, saltó por la ventana y se refugió en el manzano. Los juguetes se alegraron mucho al observar que se marchaba.

—¡Ojalá pudiéramos darle un buen susto, para que no volviera! — suspiró la muñeca mientras se esforzaba en remediar el daño causado a su traje.

—Pero no podemos — le contestó el payaso —. En primer lugar, porque él no se acercaría a nada que le diese miedo y después no creo que le atemorice cosa alguna.

Al día siguiente, llegó al cuarto de los juguetes una gran caja roja, en la que estaba oculto un enorme muñeco de resorte, que saltaba a mucha altura en cuanto se abría la tapa. Los juguetes lo conocían muy bien, porque habían visto otros muñecos semejantes en las tiendas de donde procedían, pero se preguntaron si el duende lo conocería. Tal vez no. Y, en este caso, tendría un susto espantoso, si podían inducirle a que abriese la caja. Pero, ¿cómo lo conseguirían? Si se lo rogaban no lo aceptaría, por creer que se trataba de un engaño y no se acercaría siquiera.

—¡Ya lo sé! — dijo el payaso, que era el más astuto entre sus compañeros —. Ya lo sé. Fingiremos el deseo de ocultar la caja y rogaremos al duende que no la toque. Entonces, con toda seguridad, querrá saber lo que hay dentro, y si es tan curioso, al fin abrirá la tapa. Y tendrá un susto morrocotudo.

A todos les pareció muy bien ese consejo y la muñeca hizo un cartelón que decía: "No tocar".

—Eso le dará más deseo de abrir la caja — observó la muñeca, riéndose.

En cuanto llegó el duende verde, los juguetes rodearon la caja, fingiendo que trataban de ocultársela, pero él la vió y, con voz poderosa, preguntó:

—¿Qué es eso que queréis ocultar? ¿Algún secreto?

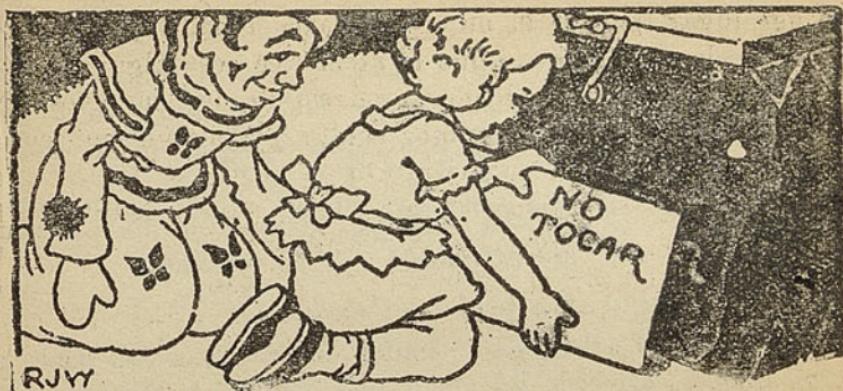
—Sí, y no te enterarás de él.

—¿Qué hay en esa caja? — preguntó Quipo con el mayor interés.

—No te importa — le contestó el payaso.

—¿Hay oro? — preguntó Quipo —. ¿O quizás algo bueno que comer? ¿No será un traje nuevo y elegante?

Como se comprende, aquella fingida reserva excitó aún



La muñeca hizo un cartelón que decía: "No tocar".

más la curiosidad del duende. ¿Cómo se atrevían los juguetes a tener un secreto que él ignorase?

Le pareció más conveniente no obligar a los juguetes que le mostrasen el interior de la caja, pues parecían muy decididos a no hacerlo, y resolvió volver antes de que cantara el gallo, cuando ya los juguetes estuviesen dormidos. Entonces abriría la caja y podría enterarse del gran secreto. Si había oro se apoderaría de él; si encontraba comida, se la apropiara y, en caso de hallar un bonito traje, se lo pondría. ¡Já, já, já! Eso enseñaría a los juguetes a tener secretos con el duende Quipo.

De un salto abandonó la estancia y los juguetes sonrieron, pues estaban persuadidos de que volvería antes de cantar el gallo.

Cuando Quipo volvió de nuevo, todos estaban en el armario y mirando por la rendija de la puerta.

El duende atravesó de puntillas el suelo, hasta donde se hallaba la caja con el cartel que decía: "No tocar".

Quipo rompió en dos aquel aviso y luego examinó la tapa de la caja. ¿Cómo se abriría? ¡Ah! Vió un cierre muy sencillo.

Lo inclinó a un lado y la tapa se abrió con ruido. En el mismo instante salió un muñeco horrible, chillando con toda su fuerza; su rostro rojizo parecía estar iluminado y en cuanto al cabello lo tenía erizado. Dió un golpe en la cara al duende y luego se inclinó sobre él de un modo espantoso.

El duende se puso en pie, miró al muñeco, dió un grito de espanto y, rápidamente, huyó por la ventana.

—¡Un brujo! ¡Un brujo! — exclamó.

Se lanzó al árbol, para dejarse deslizar hasta el suelo y luego echó a correr de tal modo, que, según los juguetes aseguran, aún está corriendo. Por lo menos, no se le ha vuelto a ver.

Y no podéis imaginarnos cómo se ríe el muñeco de resorte, cuando refiere cómo asustó al duende Quipo. Os gustaría oírlo.

NO OLVIDE QUE TODAS LAS ILUSTRACIONES DE LA REVISTA GANAN MUCHISIMO SI UD. LAS COLOREA CON BUEN GUSTO.

EL PERRO y el COCODRILo

*Bebiendo un perro en el Nilo,
al mismo tiempo corría.*

*—Bebe quieto — le decía
un taimado cocodrilo.*

*Díjole el perro prudente:
— Dañoso es beber y andar,
pero, ¿es sano el aguardar
que me claves el diente?*

*¡Oh, qué docto perro viejo!
yo venero su sentir
en esto de no seguir
del enemigo el consejo.*

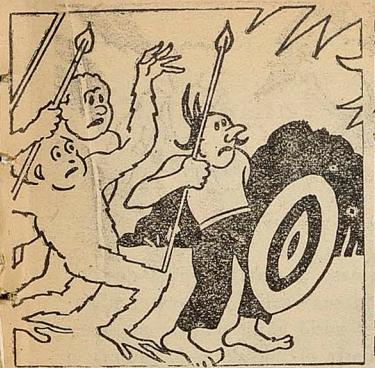
Félix María Samaniego



1.—Tres monos gigantescos, por orden de Chascón, se llevaron a Tarzán a una cueva, en el centro del bosque. Ese día, a la puesta del sol, Tarzán sería ejecutado. Una flecha envenenada le atravesaría el corazón.



2.—Tarzán no pensó nada más que en fugarse. Para eso, convenció a los tres monos de que les convenía huir con él. Irfán hasta una tribu vecina, formarían un ejército y volverían después a combatir con Chascón y sus amigos.



3.—Avanzó el ejército enemigo a través del bosque. Llevaban lanzas terribles. Al frente iba Tarzán, con un garrote poderoso. Pero Chascón ya estaba sobre aviso, de manera que con muchos de sus soldados monos salió a recibírlos.



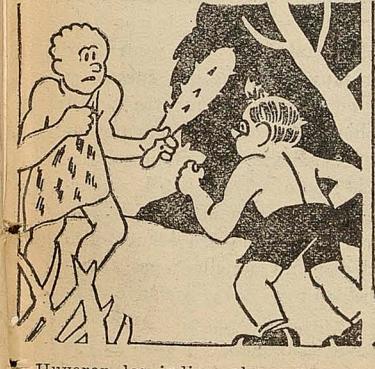
6.—Cuando el ejército de Tarzán iba pasando bajo unos grandes árboles, Chascón, que estaba escondido entre las ramas más altas, disparó su flecha y mató a uno de los monos rebeldes. Esto produjo el terror entre las filas de Tarzán.



7.—Pero cuando iba huyendo Tarzán con sus tres centinelas, un lorio muy hablador los vió entre los árboles y corrió a contar a Chascón lo que sucedía. Chascón reunió a sus capitanes y les expuso lo que ocurría.



4.—Mientras tanto, el jefe indio de la tribu vecina recibía a Tarzán y a los tres monos rebeldes y los nombraba generales de su ejército. El jefe indio creyó que Chascón era muy rico y deseó apoderarse de sus riquezas.



7.—Huyeron los indios, al verse tacados tan sorpresivamente. Los monos de Chascón los periguieron. Y de repente Tarzán, ladr vuelta por una avenida, encontró con Chascón, que le esperaba...



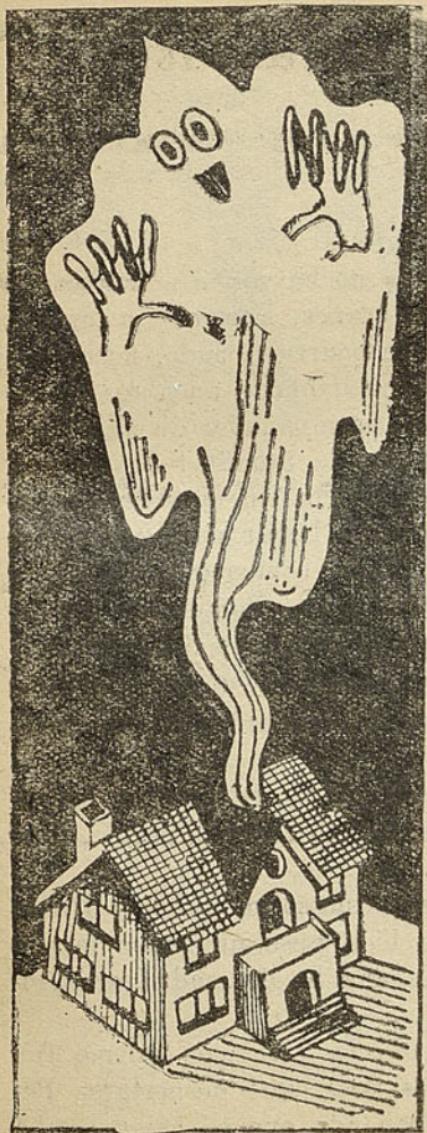
8.—Ambos se atacaron con fueria. Chascón le quitó a Tarzán su garrote y con él le dió en la cabeza un golpe tan fiero que le dejó una hinchazón del porte de una calabaza. Tarzán creyó que se moría...

¡Esperadamente Tarzán ha sido derrotado. Pero en el próximo número, vienen a auxiliarlo a salvarlo!

La casa de los fantasmas

Había en un pueblo una casa de campo, en la que los señores duendes habían sentado sus reales, sin querer abandonarla ni a tres tirones. Perteneció a un matrimonio muy bueno de aquel lugar, y al morir el marido y la mujer, lo que ocurrió en el intervalo de tres días, la había heredado un sobrino que vivía en la capital y que había estado mucho tiempo sin ocuparse de ella para nada. Pero quiso alquilarla un verano, y... corriendo hubieron de salir los desgraciados inquilinos ante las cosas monstruosas que les ocurrieron: ruidos misteriosos, arrastrar de cadenas, ayes lastimeros que partían el alma..., horrores verdaderamente. Y de nuevo la casa quedó vacía. Ofrecióla más barata su dueño, y otra vez se volvió a alquilar; pero por muy valientes que fuesen, y lo eran los nuevos inquilinos, no era posible que resistieran aquello: y se marcharon también. Tomaron parte entonces las autoridades y colocaron guardiánes perfectamente armados que pasaran allí la noche; pero, vágase usted con armas a las almas del otro mundo; el guardia más valiente estaba corriendo medio año al ver aquel fantasma blanco, alto y cadavérico, y, sobre todo, al escuchar aquellos ayes, aquellos quejidos que ponían los pelos de punta y hacían escalofriar.

¿Qué podía ser? Nadie se lo imaginaba. Desde que la famosa banda de bandoleros que por algún tiempo les había estado martirizando había huído a otros lugares, todos en el pueblo vivían la mar de tranquilos y satisfechos, con las puertas de las casas abiertas y el espíritu sereno. Y de re-



La casa parecía ser habitada por fantasmas.

Pasmados se quedaron en

pente aquello... ¿Cómo era posible tener sosiego ni paz?

Pero había en el pueblo un chico muy bruto, muy bruto, llamado Perico, que tenía más fuerza que un toro y que nunca encontraba trabajo, pues de bruto que era nadie se lo quería confiar. Y Perico ofreció un día al dueño de la casa librársela de duendes, si le prometía dársela luego en arriendo. Y, ¡claro!, ¿no se lo había de prometer? Y más que le hubiese pedido. Quedó el trato hecho, y Perico, armado de una enorme tranca, que él tan sólo podía manejar, se dirigió una noche a la casa y entró en el primer dormitorio que vió. Colocó la tranca al lado de la cama, puso encima un letrero muy grande que decía: "Al primer duende que interrumpa mi sueño, le doy el trapeazo más grande que ha recibido en su vida". hecho lo cual se acostó, quedándose profundamente dormido, sin que nadie le molestara en toda la noche.

el pueblo al verlo aparecer

al otro día tan guapamente, pues se habían reido de él y no poco al verle ir a dormir sin una mala pistola:

—Pistola?—había dicho Perico—, ¿y para qué laquiero? Si son almas del otro mundo lo que hay allí, se reirán de las balas, y si son seres de carne y hueso, con la tranca tengo bastante.

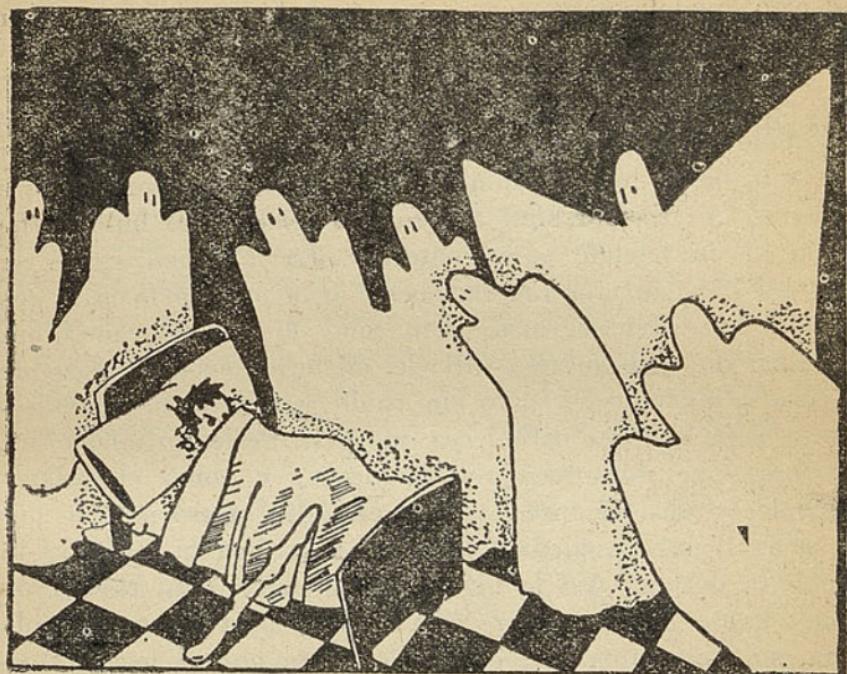
Confó a todos los que le preguntaron que a él no le había molestado nadie, y al llegar la noche volvió a ir a la casa, haciendo la misma operación: tranca, letrero y a dormir. Tres noches estuvo así, sin que le ocurriese nada, hasta que a la cuarta... le despertaron a medianoche unos ruidos espantosos de cadenas arrastrándose, acompañados de unos ayes la mar de lastimeros. ¡Caramba con la bromita! Se levantó, cogió la estaca y registró la casa entera sin encontrar a nadie: los ayes y los gemidos parecían llegar de las entrañas mismas de la tierra. Entonces Perico comenzó a chillar, y como tenía una voz de trueno, sus gritos dominaron los demás ruidos y debieron oírse desde el otro lado del mundo:

—No me asustáis—decía—; no me asustáis; pero como sigáis molestándome, os juro que os acordaréis de mí, duendes endemoniados.

Después volvió de nuevo a su cuarto, se puso en los oídos unos tapones de algodón y se acostó tranquilamente, durmiéndose a los pocos momentos.

Y llegó el nuevo día y llegó después la noche, y Perico se acostó como las anteriores, si bien puso un nuevo letrero al lado del otro, que decía: "Mañana he de madrugar; procurad dejarme dormir".

Pero si, sí; buena se presentó la noche; lo mismo fué dar la última campanada de las doce, que despertarse Perico sobresaltado, al notar la zarabanda que su cama estaba bailando; abrió los ojos y vió... El cuarto estaba lleno de fantasmas, altos, blancos, huesudos...; uno, sobre todo, de estatura descomunal y horrible calavera por rostro, era el



El cuarto estaba lleno de fantasmas.

que daba los ayes más quejumbrosos, mientras los otros danzaban alrededor de la cama, moviéndola de un lado a otro. Perico no lo pensó ni un instante: se escurrió por debajo de los brazos de los dos fantasmas que tenía más cerca, y blandiendo su enorme estaca, hizo con ella un soberbio molinete en el aire, a la vez que exclamaba:

—Fantasmitos a mí; a ver cuál se acerca ahora... Tomad, para que aprendáis a respetar el sueño de las personas; tomad, tomad... Y tú, para que te quejes con motivo...

Y los ayes se hicieron generales y la desbandada también. En menos de cinco minutos se quedó solo Perico; dejó en su sitio la estaca y se volvió a acostar; a los pocos segun-

dos sus ronquidos eran más fuertes que el ruido de las cadenas, que seguían sonando...

A la noche siguiente, el letrero que puso Perico estaba concebido en estos términos: "Señores duendes: Anoche, por ser la primera, hice un molinete con mi estaca, pero no tiré a dar; si volvéis por aquí os prometo echarme al bulto y no queda ni un duende para contarlos". La amenaza surtió su efecto. Perico durmió aquella noche, y la otra, y la otra; los duendes no volvieron más. Pero como él lo que quería era descubrir lo que hubiese allí de misterio, decidió registrar la casa a medianoche, pero sin ruido y cuando nadie lo esperase, cosa bastante difícil, ya que para Perico lo mismo era acostarse que dormirse profundamente; y como el primer sueño le duraba siempre hasta el otro día, pensó que lo mejor sería llenar de piedras la cama para que la molestia le impidiera dormir. Así lo hizo y le dió muy buen resultado: ¿cómo había de dormirse? Se volviera hacia donde se volviera, siempre había una piedra de punta que se le clavaba; y así pudo llegar a las doce despierto. A esa hora se levantó, y descalzo, para no hacer ruido, practicó un registro minucioso: no había nadie, ni se oía nada; ¿nada?... Al llegar a la cocina percibió un rumor muy tenue, como de voces contenidas. ¿De dónde venía? Prestó atención y se dió cuenta de que las voces venían de debajo de los ladrillos. ¿Habría alguna trampa allí? Sí, ¿no la había de haber? Y bien disimulada dentro de la carbonera; pegó a ella el oído, y oyó...

—Nos ha fastidiado el mozo ese; es mucho más bruto de lo que yo me creía.

—No le debíamos haber dejado coger la tranca.

—Cualquiera lo impide con la fuerza que tiene: si es un toro.

—A mí me alcanzó en una pierna y no sé si me quedaré cojo

—Tan excelente como era mi plan de refugiarnos en el único pueblo donde no robásemos: ya véis cómo nadie nos ha molestado.

—Como bandidos, no; pero lo que es como fantasmas, si...

No quiso Perico oír más; salió muy despacio, marchó sin hacer ruido a la calle, y a los pocos minutos volvió con varias parejas de carabineros, las que, sabiendo ya que se trataba de seres de carne y hueso, penetraron por la trampa en la bodega de la casa y cazaron uno a uno a todos los bandidos que merodeaban por los alrededores y que habían encontrado un cómodo refugio y una segura morada en esa casa.

Desde aquel día se acabaron los duendes, y el dueño de la casa pudo alquilarla a su antojo, dándosela a Perico en arriendo como le había ofrecido.



Volvió con los carabineros a la casa.

Perico se sintió encantado en su nueva casa.

—Soy un hombre que vale mucho — decía, golpeándose el pecho. Gracias a mí, los fantasmas terribles se vuelven más humildes y mansos que corderos.

El paseo de Felipín

Este era un chico que tenía un genio pésimo y estaba muy mal educado. ¡Claro! ¡Era hijo único, y sus papás le querían tanto...!

Figuráos que en cuanto algo le molestaba, ya estaba rabiando.

—Niño, no te rasques la espalda con el banco — le dijo un día el maestro.

Y él siguió rascándose y rascándose porque le daba la gana.

—¡Que te va a castigar! — le dijo el chico de al lado,
—¡Que se vaya a paseo! — contestó Felipín, furioso.

Pues al otro día, cuando volvió al colegio, el portero le dijo que el maestro se había ido a paseo.

—¡Mejor! Así no tendré que estudiar.

Y se fué a su casa muy contento.

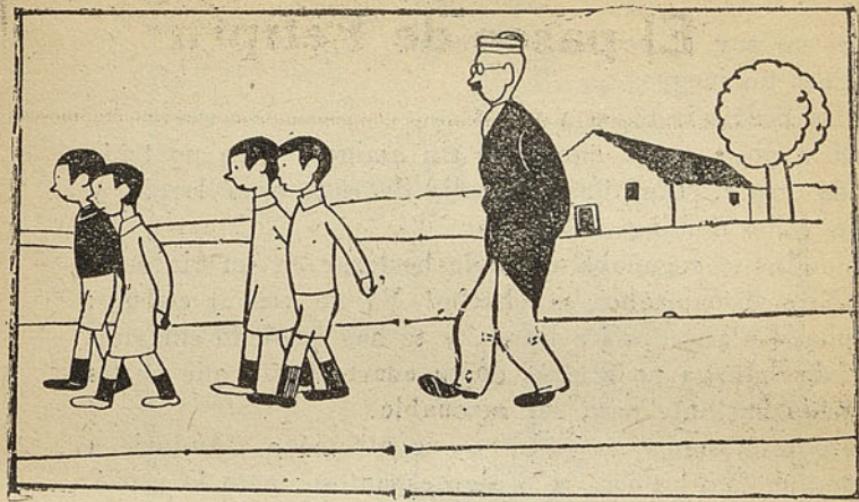
Pero la mamá decidió tomarle las lecciones por la noche para que no las olvidara mientras el maestro estaba de paseo.

Y Felipín extendía de mala gana sus cuadernos encima de la mesa, y miraba a las moscas sin hacer caso de la lección. Aquella noche se entretenía viendo revolotear una mariposa en torno de la lámpara.

—Felipe, hijo, contéstame: ¿qué es Gramática?

—Pues Gramática es..., es..., es...

—Es el arte de hablar y escribir... — dijo la mama — y escribir co... co... corree... ¡Pero, Felipín! ¿No atiendes?



Allí estaba el maestro, paseando con los alumnos.

Y él que estaba tratando de dar caza a la mariposa, dijo:

—¡Que se vaya a paseo la Gramática!

Ya no volvió a estudiar más, sino que pasaba el día jugando con los chicos, que tampoco tenían escuela, y discutiendo con ellos, porque era un mandón.

—Ahora vamos a jugar a que yo era un capitán de bandidos.

—Pues Antonio es más alto que tú, y debe ser el capitán.

—¡Que se vaya Antonio a paseo! El capitán soy yo, y nadie más que yo.

—Pues entonces no jugamos.

—¡Me alegro! ¡Os podéis ir a paseo!

Otro día quiso ser el portero del equipo.

—¡Quita, hombre! ¡Si tienes muy mal juego!

—¡Mentira. Yo juego mejor que ninguno!

—Pues no vamos a quitar a Luis de portero porque tú lo digas.

—Si no soy el portero, no juego.

—Pues no juegues...

—¡Os podéis ir todos a paseo!

Poco a poco se iba quedando sin amigos, y ya no tenía con quién jugar. Los días sin salir de casa eran largos y aburridos como domingos lluviosos.

Su padre le regañaba viéndole bostezar en un rincón.

—¡Eres insoportable, muchacho! Ya no vas al colegio; has mandado a paseo a los libros, y te has quedado sin amigos. Desde mañana no saldrás de tu cuarto hasta que hayas reflexionado bastante para ser razonable.

Claro está que a su padre no se atrevió a mandarle a paseo, porque esto hubiera sido algo espantoso; pero lo pensó.

Lo pensó, sí, señor, tan enérgicamente, que fué como si lo hubiera dicho.

Y al otro día, al despertarse, su papá estaba de paseo y no volvió en todo el día. La que vino a despertarle fué la sirvienta, que le quería mucho por haber sido su niñera cuando era pequeño, y le dijo que no podía darle el desayuno porque como el papá, que era quien ganaba el pan, estaba de paseo...

—¡Estúpida! ¡Véte a paseo tú también!

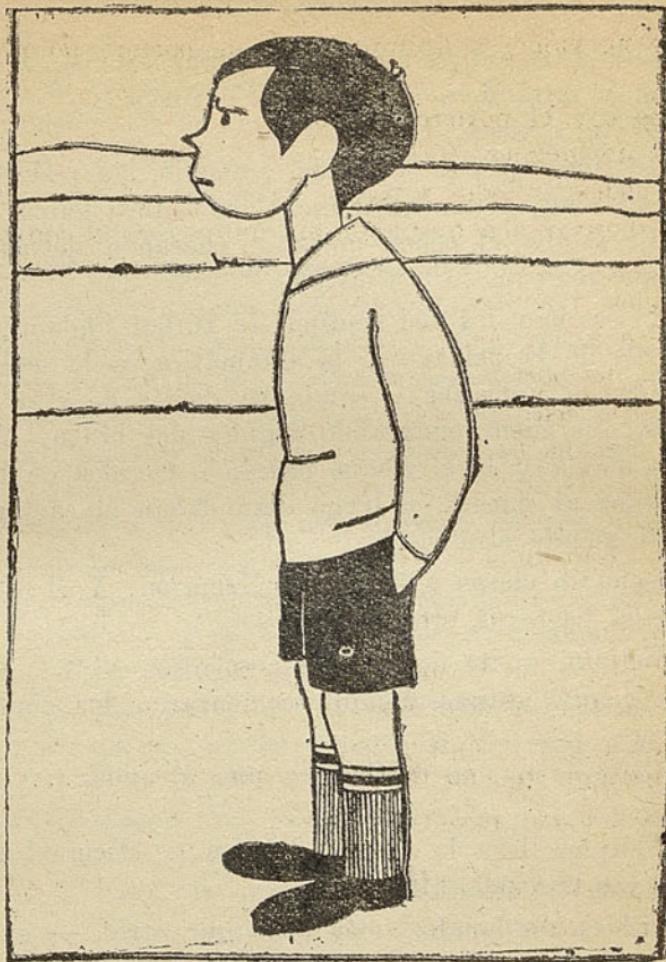
La mamá entró por la tarde despacito en el cuarto de Felipín.

—¡Ya ves tú, hijo, lo que has conseguido con ser tan malo! Ya estamos solos, y tendremos que irnos a vivir a casa de los abuelitos.

—No quiero ir. ¡Que se vayan a paseo!

—¡Niño! Eres un mal educado y un mal hijo. Me vas a quitar la vida. Te llevaré a un colegio interno.

Tampoco esta vez se atrevió a mandar a la mamá a paseo; pero lo pensó, y hasta lo dijo bajito.



Felipín llegó a un camino muy ancho.

Y la mamá se fué .

Felipín se quedó solo en la casa. Se durmió mucho tiempo, y al despertar llamó a gritos a la sirvienta y a su mamá y a su papá y luego a sus amigos desde el baleón.

No acudió nadie. Todos se habían ido a paseo y le ha-

bian dejado solo con su mal genio. Rabió, pateó, se revolvió los pelos, y mirándose al espejo, dijo furioso:

—¡Véte a paseo, Felipín!

Y se fué a paseo. Andando, andando, sin poderlo remediar, llegó a un camino muy ancho que nunca había visto.

Allí estaba el señor maestro, paseando detrás de los chicos, que iban de dos en dos.

Allí estaban los del equipo de fútbol andando despacito detrás de la pelota. Y la Gramática, a la que habían salido piernas y brazos y caminaba detrás de ellos. Y los abuelitos, que iban renqueando cogidos del brazo. Y el papá y la mamá y la sirvienta paseando cogidos de la mano hasta llegar al puente, y luego desandaban el camino hasta volver al puente otra vez.

En cuanto vieron a Felipín le llamaron. Y él se alegró. ¡Ya estaba harto de estar solo!

—Felipín, ponte delante de nosotros.

En cuanto estuvo delante comenzaron los comentarios de siempre.

—Felipín, que no tuerzas los pies al andar... — decía la mamá.

—Felipín, lleva la cabeza derecha — decía el papá —. ¿Es que vas buscando alfileres?

—¡Lleva un hombro más bajo que otro! — se lamentaba la sirvienta, que era aficionada a meterse en todo.

—¡Que te comes los calcetines!

—¡Que se te pierde el pañuelo!

¡Era intolerable! Y no se les podía mandar a paseo porque ya lo estaban.

Al borde del camino un hombre viejecito bostezaba y les veía pasear sorprendido. El había visto pasar por allí a mucha gente; pero siempre iban a alguna parte de camino. Estos de ahora pasaban y volvían a pasar cientos de veces.

En aquel momento pasaban delante de él el maestro y los chicos. El señor maestro decía:

—Señor Pérez, no empuje usted al señor Rodríguez. Señor García, cuidado con ir levantando polvo con los pies.

El viejecito ya no podía resistir la curiosidad, y preguntó qué era lo que hacían.

—¿Nosotros? Nada; no hacemos nada.

—Sí; andan el camino y le vuelven a andar mil veces. Yo tengo un burro en el huerto que hace lo mismo alrededor del pozo; pero él saca agua. ¿Qué sacan ustedes?

¡Era verdad! No sacaban nada, y estaban aburridos y cansados. Entonces se pararon a reflexionar. Felipín era el más desesperado.

—¿Por qué no nos volvemos a casa? Allí tenemos libros que leer y obligaciones y deberes.

—¡Y el campo de fútbol! —dijeron los del equipo.

—¡Es verdad! —dijo el papá, dándose una palmada en la frente—. Podemos ir a casa.

—¡Mucha verdad es ésa! —exclamó solemnemente el maestro—. Me parece que estaríamos mucho mejor en la escuela.

Y los chicos cansados y aburridos, dijeron a coro:

—¡Vamos a la escuela!

Todos: el papá, la mamá, la sirvienta, el maestro, la Gramática, los niños y Felipín se salieron del camino y se volvieron al pueblo.

El viejecito estuvo en la puerta hasta que los vió desaparecer. Luego se desesperezó y fué a soltar al burro que sacaba agua de la noria.

Felipín no volvió a mandar a nadie a paseo.



El caballo y el jabalí

Había una vez, en un bosque, un jabalí con muchas gá-
nas de bañarse. Corrió en busca de agua y en cuanto la en-
contró se dió un baño espléndido. Pero sucedió que en esa
agua solía beber un caballo, el cual, al ver que el jabalí se
revolvía en ella, se puso furioso. A punto estuvieron de pe-
learse; pero el jabalí tenía mal genio, de manera que al ca-
ballo no le quedó más que irse calladito, ocultando sus deseos
de vengarse. Anduvo el caballo por el bosque, todo pensati-
vo, hasta que se encontró con el hombre. Entonces el caballo
le relató lo que le sucedía. El hombre le prometió vengarlo.
Subió en el caballo y galopó hasta llegar donde el jabalí se
bañaba todavía, muy contento. El hombre le disparó un dar-
do y mató al jabalí. El caballo, al ver esto, se sintió muy ale-
gre. Pero el hombre le dijo entonces, lleno de alegría tam-
bién:

—Mira, caballito, me alegro mucho de haberte socorrido,
porque gracias a tí he podido matar a un jabalí gordo y sa-
brosísimo. Me alegro también de haberlo hecho, porque de esta
manera me he podido dar cuenta de que sirves para llevar-
me a donde se me ocurra.

Desde esos momentos, el hombre se apoderó del caballo
y lo convirtió en su esclavo.

Por eso, el caballo suspira siempre:

—¡Qué tonto fui! Por vengarme de una pequeña inju-
ria del jabalí y pedir socorro al hombre, ahora estoy sumi-
do en la esclavitud.

De lo cual se desprende que más vale sufrir una pena
pequeña que caer en otra mayor, por tratar de huirla.

La linterna de Diógenes

Un día de muchísimo sol, los habitantes de Corinto se asombraron enormemente al ver que por las calles iba un hombre con una linterna en la mano, mirando hacia todos lados, como si buscara algo.

—¡Qué hombre tan extraño es ese! — decían. — Cómo se le ocurre salir con linterna, cuando el sol está más belle y luminoso que nunca?

—Debe de ser un loco — declaró una viejecita que estaba segura de saberlo todo.

—No; no es un loco: es Diógenes, el sabio Diógenes — exclamó un hombre.

Entonces se acercaron a Diógenes y le preguntaron:

—¿Dónde vas? ¿Qué buscas? ¿Para qué necesitas linterna con este espléndido sol?

Diógenes les miró con burlona sonrisa y les contestó tranquilamente:

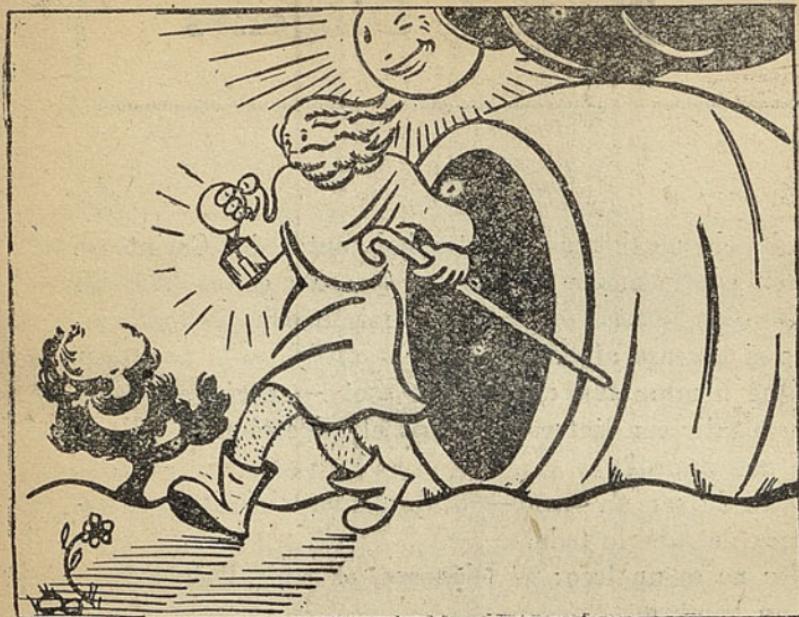
—Ando en busca de un hombre.

Con lo cual quería decirles que no había verdaderos hombres en todo el país, aunque se les buscara a pleno sol y, por añadidura, con una linterna.

Esta respuesta, que se hizo famosa, y no ha sido olvidada, molestó muchísimo a algunos. A otros los hizo reír.

—¡Es tan descabellado este Diógenes! — dijeron—y se quedaron tan frescos.

Pero, el lector se preguntará, sin duda, quién era este Diógenes tan nombrado. Vamos a contarle su vida en pocas palabras.



Vivía dentro de un tonel. Un día de sol salió a pasear con una linterna encendida.

Era un filósofo, es decir, un hombre que pensaba mucho y sabía decir todo lo que pensaba. Había nacido en Sinope, muchos años antes de Jesucristo. Cuando joven, falsificó monedas y por eso fué expulsado de su país. Se marchó a Atenas y comenzó a vivir miserablemente. Un día, unos piratas se apoderaron de él y lo vendieron, en Corinto, a otro filósofo, llamado Jeniades. Este Jeniades era un sabio bondadoso.

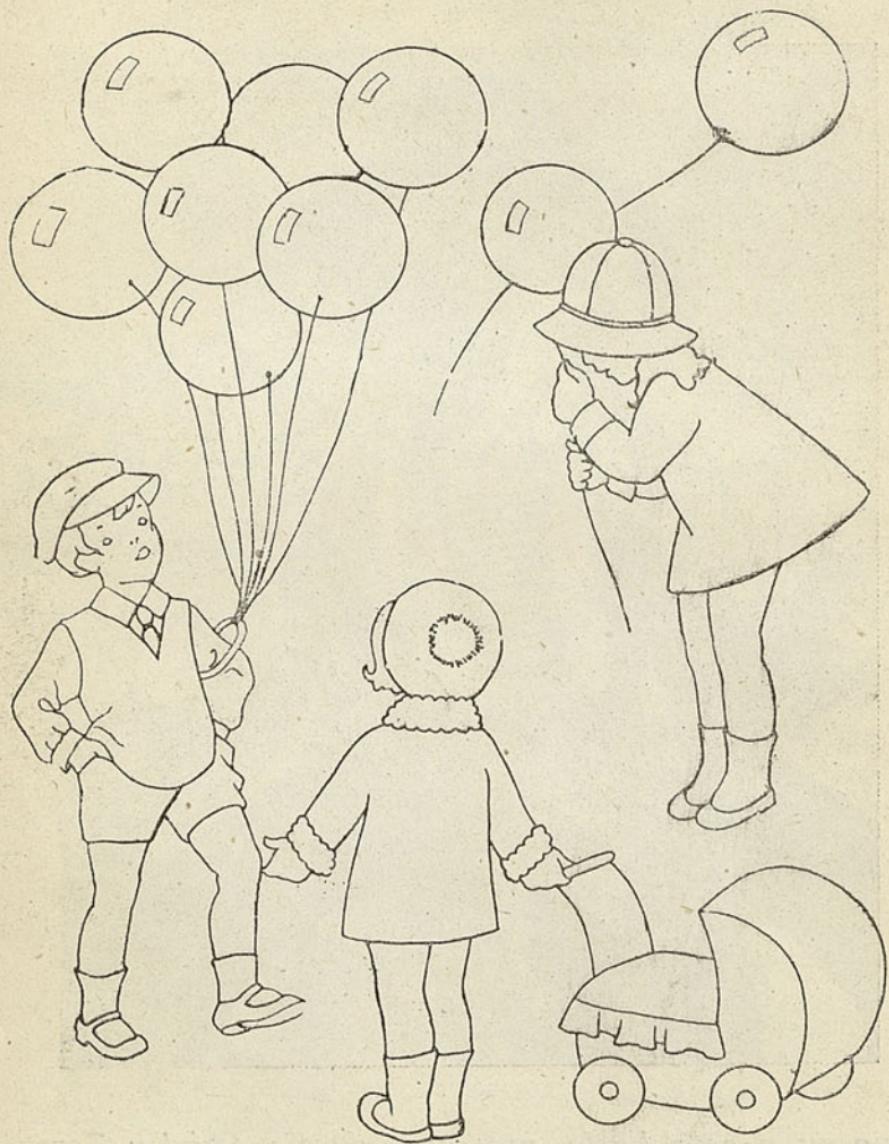
Asombrado de la inteligencia de Diógenes, le confió la administración de sus bienes y la educación de sus hijos.

Diógenes era caprichoso, raro. Vivía en un tonel. Allí se pasaba las horas, lo mismo que si estuviera en un palacio. No tenía, por toda compañía, sino un bastón y una escudilla para tomar agua.



¿Conocen a esta linda marinera? Es Shirley Temple, la amiguita de todos los niños del mundo.

Para colorear



¿Los globos de color son más bonitos. ¿Por qué no los pinta?